

Conceptualizar la masacre

por **Agustín Cosovschi**¹

Sémelin, Jacques

Purificar y destruir. Usos políticos de las masacres y genocidios

San Martín, UNSAM EDITA, 2013, 399 pp.

ISBN 978-987-1435-71-5

Durante las últimas décadas, en virtud de su capacidad de articular la perspectiva académica con la actividad jurídica y política, los estudios sobre procesos genocidas se han constituido en un campo de investigaciones fértil y con fuerte influencia en ámbitos internacionales. En este contexto, cabe destacar la publicación del ensayo del politólogo francés Jacques Sémelin con el título de *Purificar y destruir*. Para aquellos lectores interesados en el análisis de procesos genocidas, el texto sin duda ofrece varias virtudes. Ante todo, constituye un claro y riguroso trabajo de sistematización de las diversas perspectivas existentes en el campo de las ciencias sociales y las humanidades a propósito de los procesos de violencia y destrucción masiva de poblaciones civiles: a lo largo del libro, el autor se consagra al examen paralelo de los casos de la Alemania nazi, el genocidio en Ruanda y las guerras en la ex-Yugoslavia durante los años noventa, estudiando las diversas dimensiones de la violencia mediante un ejercicio comparativo de notable potencial explicativo.

¹ Licenciado en Sociología y estudiante, becado por el CONICET, del Doctorado en Historia en IDAES/UNSAM.

Sémelin inicia este recorrido apuntando hacia una de las dimensiones que señala como fundamentales de los procesos de violencia masiva: la del sentido, que define bajo la categoría de *imaginarios de destructividad social*. El autor examina desde la teoría y en los casos mencionados el modo en que, hacia dentro de determinadas configuraciones culturales, se producen operaciones de exterminio simbólico como preámbulo del exterminio físico. En este capítulo, los efectos destructivos de las crisis económicas sobre las sociedades, así como las características estructurales de la psiquis humana en relación con la construcción identitaria, ocupan un lugar central, y el autor examina la forma en que relatos políticos e ideologías pueden contribuir a reforzar la identidad de un colectivo a través de la estigmatización de un Otro, constituido como enemigo, impuro y peligroso.

A continuación, el autor trabaja sobre la dimensión discursiva de estos procesos, interrogándose por el papel de intelectuales, medios e instituciones religiosas en la producción de mitos políticos capaces de movilizar a las sociedades hacia una espiral de violencia. Examinando el papel de pensadores como Alfred Rosenberg en Alemania, el novelista Dobrica Cosic en Serbia y Grégoir Kayibanda en Ruanda, así como el rol cómplice de miembros de las jerarquías religiosas en estos procesos y la formación de discursos mediáticos acrílicos y subsidiarios de los líderes políticos, el autor comienza a mostrar uno de los rasgos que recorre todo su trabajo: la concepción de los procesos de violencia masiva contra poblaciones civiles como el producto de dinámicas complejas y abiertas, signadas por configuraciones estructurales pero en gran medida sensibles a la contingencia de actores sociales con margen de maniobra y, por ello mismo, susceptibles de crítica.

El itinerario de Sémelin continúa luego analizando una de las dimensiones que han cobrado mayor relevancia en el campo de los estudios sobre genocidios: el papel de la comunidad internacional en la prevención y el manejo de las crisis. Pensando el desarrollo de los procesos genocidas como el resultado de una estructura de oportunidades políticas caracterizada por factores internos y externos, el autor se interroga por los aspectos estructurales del Estado nacional, así como por las características del sistema de relaciones internacionales que alientan, o al menos permiten, el desarrollo de procesos de violencia masiva contra poblaciones civiles. El texto examina aquí la actitud de la comunidad internacional en los diversos casos presentados, analizando el accionar impune de la Alemania nazi durante la década de los treinta, así como la pasividad de la Comunidad Europea y de los Estados Unidos en ocasión de los crímenes en Ruanda y la ex-Yugoslavia.

Hacia la segunda mitad del libro, el análisis comienza a concentrarse en atender la pregunta clave del trabajo: ¿cómo alcanza semejante

amplitud una dinámica de violencia y destrucción? En el contexto de lo que llama una *sociología política de la masacre*, el autor examina las lógicas de decisión política que desatan semejantes procesos y el papel clave de las organizaciones paraestatales en el ejercicio de la violencia, así como la cuestión fundamental de la participación popular. A la vez, propone un análisis de las diversas morfologías de la masacre: examinando y contrastando los casos de Alemania, Yugoslavia y Ruanda, señala el modo en que cada configuración social, política y cultural permite desplegar diferentes tecnologías y estrategias de exterminio.

Este análisis estructural, sin embargo, no impide al autor avanzar en lo que considera el objeto central de su interés: el proceso mediante el cual la violencia adquiere una dinámica propia, autónoma y perversa. Si es cierto que el texto examina los procesos genocidas con una mirada estructural, también lo es que no deja de interrogarse por el rol de la agencia en estas dinámicas. De allí que, poniendo plenamente el foco de análisis sobre los ejecutores, Sémelin decida examinar, en particular, la manera en que los actores operan ese paso a la acción que implica participar de semejante ejercicio de violencia. El penúltimo capítulo del libro se consagra así a analizar tanto los factores verticales de la violencia, vinculados a las relaciones de autoridad-obediencia, como aquellos condicionantes horizontales relativos a la pertenencia grupal. De esta forma, el autor pondera distintas perspectivas, retomando experiencias como la de Milgram y Stanford para examinar las dinámicas del sadismo, volviendo sobre los aportes de Hannah Arendt y su concepto de *banalidad del mal* para pensar la obediencia burocrática y proponiendo una reflexión sobre las relaciones psíquicas e históricas entre violencia y goce.

Habiendo transitado estas diversas dimensiones de los procesos de violencia masiva, problematizadas a partir de los casos particulares de la Alemania nazi, Ruanda y la ex-Yugoslavia, Sémelin consagra el último capítulo del libro a un examen del concepto de *genocidio* y da cuenta del origen del concepto en la obra del jurista Rafael Lemkin en ocasión del Holocausto judío durante la Segunda Guerra Mundial; con ello, señala su recepción en ámbitos académicos, así como la batería de críticas a las que ha sido sometido a lo largo de las últimas décadas, en función de las restricciones de su definición jurídica y de las instrumentalizaciones políticas a las que ha sido sometido. Así las cosas, a partir de este repaso conceptual y para intentar desembarazarse de las implicancias jurídicas y políticas que entraña el concepto de Lemkin, el autor vuelve a proponer el empleo en las ciencias sociales del concepto menos problemático de *masacre*, entendido como “una forma de acción generalmente colectiva de destrucción de no combatientes”, en lo que constituye definitivamente uno de los principales aportes teóricos del trabajo.

A la vez que avanza en la presentación, organización y producción de un instrumental conceptual que permita pensar problemáticas comunes a procesos genocidas diversos, Sémelin no deja de insistir en el carácter productivo de la práctica científica a la hora de colaborar con la intervención política. De allí que consagre las últimas páginas de su trabajo a explicar en detalle el proyecto de fundar una enciclopedia pública y gratuita de procesos genocidas, para avanzar en la sistematización y en la difusión de la información. Se trata de una última virtud que cabe destacar de su trabajo, y que sin duda lo conecta con el rico campo de estudios en el que se inserta.

Como corolario, cabe hacerse una pregunta epistemológica por el potencial real de un enfoque comparativo como el que plantea Sémelin: al problematizar en la dimensión de la teoría partiendo de tres procesos paralelos sin profundizar demasiado en ninguno de ellos, manifiesta los límites de un ejercicio comparativo que renuncie a aportar contribuciones originales al conocimiento de los casos particulares. A la vez, es preciso señalar que ciertas incorrecciones, probablemente resultantes de la traducción al castellano, tales como la sistemática confusión de la región de Slavonia (en el norte de Croacia) con la república de Eslovenia, o la incorrecta escritura de algunos nombres, puede provocar cierta desorientación en el lector. Pese a todo, *Purificar y destruir* constituye un trabajo sistemático y riguroso tanto para lectores que busquen familiarizarse con el campo de los estudios sobre procesos de violencia masiva contra poblaciones civiles como para aquellos que deseen adentrarse en los casos particulares de la Alemania nazi, el genocidio en Ruanda o la violencia en la ex-Yugoslavia. Su publicación, en este sentido, es una buena noticia para el desarrollo de los estudios internacionales, así como para los estudios sobre procesos genocidas, en particular, y las ciencias sociales, en general.

Recibido: 5/6/2014

Aceptado: 12/8/2014